



El pez de oro (pasaje),
de Gamaliel Churata

con introducción por Reynaldo Jiménez

Verás que no lo ensartas tan fácilmente

por reynaldo jiménez

A su escribirlo, el puneño Gamaliel Churata incorpora a *El pez de oro* la pátina de espesura de su unísono proceso. El libro se fue obrando, trance hiperconciente de Churata, al correr alrededor de tres décadas — seguro hasta 1957, cuando se publicó (ed. Canata, La Paz-Cochabamba, Bolivia, 1957). Autobiografía en clave discontinua, o novela escandida, o manifiesto cantante. También: jaspeado de recreaciones de *motivos* aymaras en constante aparición, bajo forma de canciones enhebradas. Preñadas de saltos semánticos y entrelínea de un reino propicio a lo inesperado — invocaciones intercaladas cual gemas hipnóticas entre los planos narrantes ya mantrados de su prosa. Fuera de “proporción” y de “gusto”, deslizador de sus tonos, pega directo y oblicuo al plexo de cualquier comportamiento preasignado a la escritura. En esto cunde su vibra vanguardista, pero mucho más acá de meras posiciones estéticas. Una ética (gesto en el instante + acción en el tiempo) en Churata se conmueve.

Tal pespunteo inserta sustratos, mezcla herencias y reinventa ancestralidades. Librepensar (en sentido también de caída libre) que, por la consistencia confiada de su escribir, deviene crítica en práctica a la más ínfima coagulación en el lenguaje, cualquier hato de significados modulares. Infrecuencia no modulada ni manipulable del pez-apunte que, porque inscribe con torrente sanguíneo, rasga las superficies (pátina de linfa del lagocéano, lago del logos). La subversión en voz tachada, condensa experiencia y la expande transformándose ante el mismísimo lector (en caso de que ahí esté). Pátina, por tanto y no añadidura sino espesor, aura trágica, lo que no cede (y excede) al pulido literario, ni cierra en un solo aspecto de sus alcances. Virulencia genésica abre al símbolo en devenir. A la incompletud que nos asiste, al menos la desliza erizadamente por una zona verbal de rareza liberada.

Ni astucia literaria ni invención de un Personaje de Autor: ahondamiento de una visión que, es evidente, le estiró a Churata los bordes en pliegue de la conciencia, al punto de que su proceso de escritura se montara a la duración. No casuales la incomprensión y silenciamiento general que aún le continúan pesando, cincuenta años después de su primera edición. Semejante costo, por su inadecuación a las costumbres ciertamente sedentarias de las Letras y sus letrados establecidos, quizá indique, en efecto, que *el orkopata* sostuvo en su destilación una apertura donde, aun en anonimia, indudablemente voló. Su libro está muy por encima de los techos. Entre dos abismos algunas conciencias pueden volar; lo saben hacer por arte de una persistencia en grados de intensidad que no las fija, ni en inmediato ni en remoto.

La hendedura perceptual con que puede prorrumper, en la aparente estabilidad de nuestros paredones predilectos, este tipo de presencias, en estado alelado de estela, se da de pleno en lo real, pero un real amplificado, revisitado y revisto, en todo caso, desde el propio ojo devenido pez. O sea desde cierta fluxión que se afina al transmutar: la experiencia del *lugar* con su bicéfala pregunta por el origen y el destino, adonde precisamente tiene no-lugar quien habita la experiencia.

Colección de resonancias e imágenes fundacionales que juglarmente conecta y dispone al entrelazo de su trama en relaciones giratorias, matices del azul y el turquesa en verdes y tierras del fondo movedizo del lago-mar, que conecta con el centro del planeta, con la placenta del entre — *El pez de oro* también es un conjuro. Contra las restricciones que sin duda afectan el desenvolvimiento del *sér* (según grafía Churata) y la asimilación de lo que es (y acá el borde, el mundo). De ahí la perturbación de fondo que arrastra en su corriente este libro de intensidad todavía insoportable, y que hasta ahora ha reverberado, a través de una especie de ostracismo tácito, condena no declarada, quizá a causa de su cercana extrañeza (insistamos), solo en la memoria activa de algunos lectores. (No es poco.)

Poetizar gigantesco hasta la deformidad — mutación tan abierta que sobrepasa las nociones más o menos estables de género o premeditada belleza — *El pez de oro* se percata intervención minuciosa, incluso por tortuosa digresiva, que recurre a la ficción (a la *relación*) tanto como al encomio ensayístico (al desarrollo de tesis movedizas), tanto a la canción como a la leyenda parabólica, en un debate multifocal sobre (y desde) los alcances transformadores de una autoconciencia andina y, con ello, sobre (y desde: he allí su modo de coherencia entre *materia* y *tema*) los usos insurgentes, extralúcidos, de “un idioma”. Trátase por cierto de un debatir que no ha cesado; al contrario, mantiene intacta la doble navaja de su vigencia. Va de algún modo veloz de breve y grave de ubicua oblicuidad en el *haylli* que cierra su introito que abre al libro:

Dirás que todo esto
es trino sólo,
y como trino
con que arde su caverna,
ni comienza ni acaba.

El lago Titikaka, a su vez hace, en el libro, de inmóvil maestro genitor, presencia desangular que, siendo generatriz, constituye la fuente-desembocadura de todos los desarrollos explícitos del libro. No hay lapsus (ni huida) en tal inmersión en lo lacustre, lacunar, palustre, telúrico de este pluriabordaje. Se permite Churata que el libro haga agua por todos los poros de su texto, y al tiempo mismo que sigue buceando, cada vez *¡más adentro!* Pues la identidad de quien se expresa en páginas de agua es, a lo sumo, a lo largo y estrecho del tiempo un arreglo, musicalmente hablando, enfocado en y desde una habilitación sincrónica. Se sincronizan, con insistencia reflexiva, los tiempos nutridos en la transvida respirante de una escritura que descoyunta cualquier incrustado lastre de actitud pasiva en quien la aborde (y eso quizá le permita atravesarlo). Hay una incitación al trance en *El pez de oro* que no domestica sus rituales, de tal suerte que su prisma traza, siempre en términos de percepción y condiciones de sensibilidad, una apertura que no desdeña los dones ni de la introspección ni del salir al ruedo, a su manera, de un semejante debate.

Pero si *El pez de oro* “aún hoy” [2006] mantiene escasos interlocutores, está cierto que se trata de un libro que próximos prójimos ojalá irán mereciendo, sobre todo aquellos capaces de acoplar, al acto de leer, la experiencia performática que resulta sustancial a su respiratoria. Performar del leer, sobre todo ante un libro como éste, hecho en sí performático si los hay: saque de la perorata y de la opinología ambiente, incorporar —

pues del cuerpo se trata, vibra evidencia la palabra — el performar implicado en la mostración de ese proceso en acción que es *El pez de oro*. Gamaliel Churata desde el vamos ha permanecido contemplándonos tras el *sustain* de este espejo sin fondo de su perfobrar, como desde un lodo fluvial de alta montaña y en condiciones de comprensión ajena similarmente riesgosas.

Pues en todo el registro no se topa uno con un solo guiño al tiempo lineal, aunque permanezca la zona expositiva de la voz del autor al lado de la hoguera de la historia. Lo que sobreviene es inmersión (e invitación a sumergirse sin mayores escafandras) en ese otro tiempo que es urgencia del mito. Y que el mito eche a andar es indicio de un principio dinámico suficiente que involucra y alimenta las raíces mismas del idioma, ahí donde lo orgánico sería lo comunal, e irriga la suma infinitamente incoherente de las conciencias individuales. El paralugar del autor, en Churata, hace las veces de anunciador, ya no de unas conclusiones: de un moverse entre-la-letra que es autorreconocimiento en acción de nombrar. Un desnombrar, también.

La condición existencial traspasa la mera anécdota, o en ésta, más bien, aquélla se vivifica: *el drama de la materia*, trasluce Churata en su postfacio a *El pez...* Se podría resumir (entonces) así: su primogénito, Teófano, fallece a tempranísima edad; es, a partir de aquí, que la desesperación se aliviana en su pretexto. El proyecto de escritura, el proceso de su texto, es el conjuro en sí, desenvolviéndose imbricado al proceso vital, donde el itinerario del autor es una constante entrada en materia con su conjuro. Se diría que Churata permanece décadas en vela, velando al angelito y llevando este motivo, esta verdadera razón, a unas consecuencias impredecibles en la escritura. Debe de haber sido un demonio tremendo el que lo acosaba. Indudable que el libro está escrito desde lo entrañado. Lo que en Mallarmé, a la muerte de su hijo, permanece en una larga secuencia en fragmentarios borradores, en confluencia indefinida con lo que se borra, con lo que podría haber sido y no fue, en Churata, sin melancolía, con crudeza propia de un morador de alta montaña, conocedor de intemperies, adquiere una gravedad (terráquea y proliferante) de semilla-hueso al aire. La abundancia contra la muerte.

La escritura de *El pez...* en devenir, no ya como un programa vanguardista (demostración de fuerza creativa opositora a un orden prefijo) sino como una práctica de resistencia (una capacidad de adentramiento que vincule, vía el drama de la materia, la conciencia con el propósito de cambio social, el continente (americano) con la célula, principio de vida más acá de cualquier identidad y/o razón de propiedad). Haber escrito un libro así implicó un proceso de transformación: a la vista en sus páginas está.

La *materia verbalis* asumiéndose languandina, raspada por dentro en la expansión-retracción españolatina, españolatinajear de cuño barroquí mas azuzado por la fiebre del desdoro, la inmersión lárca devenida exploración de resonancias afectivas en las combinatorias del verbo al ser asumido en transformación. Lo que conecta el verbo, no como a algo definitivo sino a un magma, son corrientes alternas de experiencia. Es aquí donde *El pez de oro* reluce asimismo en tanto acción, acto en el mundo, manifiesto personal sin embargo no solipsista. Performance, pues, en la medida de un estar, trabajado por estratos de (re)significación, en el mundo. Retrabajar (retraducir, reinducir) lo surcado y acontecido en la forma, para tocar la coincidencia basal de lo orgánico. Subyace esa potencia del gen, pero asoma proliferando sentido por todos los poros. El lenguaje echa

espuma por la letra. Hay rabia, en Churata, y acumulación de esas fuerzas encadenadas que sólo una respiratoria podría conducir, hasta alcanzarnos, no sin lastimar en gran medida algunos supuestos, algunas jerarquías. Necesario era, será.

Necesarios determinados sacudones, a manera de márgenes para el desconcierto, repliegue implosivo en lo no racional pero aguzado de *humor*: "La célula es andrógina, como Jehová..."

Tampoco se puede olvidar esa mascarilla, hecha con la piel del rostro de Brunilda, su amada, que según se cuenta Churata llevó consigo muchos años. Y él mismo declarando abiertamente su aspiración a escritor bárbaro. No casual que sea él quien comente asuntos tales como la distinción entre el sentido de la vista y *el tremante sentimiento de la visualidad*. Vaya ejemplo de perspectiva sinuosa por la que Churata va, y no vuelve más a devolver imagen prefabricada de lo andino, sino apertura a los estratos. Incluyendo así, y a nivel micropolítico, a la contradicción, afín a la experiencia americana, donde enunciación y ética no suelen coincidir, donde la realidad social que nos muerde cada día, nos grita a la cara que no tenemos palabra.

La vía celular de la exploración implica semejante ahondamiento en lo medular, que suele absorber lo viscoso y resbaladizo, una vez se acepta ese grado de sacrificio del alma por otra parte tan raro, tan escaso en nuestros días aparentes, que distingue una concepción de la obra como proceso, donde lo que está en juego (hasta lo hiriente, cómo no) es el arte de sincronizar escritura y vida. No es asunto simple, aunque parezca. Arte de seguir despierto el hilo de esta condición que humana es sobre todo turbulencia existencial, drama de la materia. En otros términos: el hueso existe tanto como el aire que lo envuelve y lo traspasa; ambos niveles de la presencia se entrecruzan en un campo semoviente de percepción donde soplar fronteras. La más evidente de las cuales sería la frontera entre vivos y muertos: *El pez de oro* es un libro de brujería, en cuanto gesta de otra dimensión, desde lo irreversible. Cuestionar un destino es remover raíces. Lo andino, así, no designa un sitio preestablecido, sino un impulso para la transformación. [...]

La vía celular se reconoce aquí también en la escansión subliminal de su pez (nunca pescado, pues reflejos trae del sol) cuyo surcar el lago de la conciencia suelta un aroma interior, no sujeto del olfato sino sentimiento movedizo del olfatear. Ese grado de animalidad que, se supone, será el estilo, pero no el estilo en primer plano sino la pulsión que busca reconstruir. Se desplaza la intuición capaz de oscilar, sin reloj, desde el debate público sobre el destino de América hasta la reflexión introspectiva sobre el origen de la vida, pasando por todos los gradientes y mordientes de la sensación de — pongámoslo tal como Churata lo inscribe — *sér*. Y sobre todo porque "sér es sér personalidad": la sílaba es la célula es el latido. No importará entonces tanto la conciencia (así, separativa) cuanto el movimiento, música redonda (la negrita es de Churata), la transmutación permutante de *los nódulos dinámicos*, según el maestro de Puno alega. Esto involucra todos los lastres (y desastres), incluso los casi-nada del sentimiento mismo, donde existir exige alineación en estratos, abrir sendero en la urdimbre simbólica metabólica somática, umbralicia del desconsuelo que busca, sin embargo, un... equilibrio... en la confrontación, la del viaje, circunstancia al persistir. La vida donde y cuando se encuentre: celebración que no excluye la tempestad y la ignorancia que, si no

redime, sitúa. Acuidad del dolor. La experiencia del sér es larval, es un Aún: de ello dan cuenta, a veces, ciertos escribires. En cualquier sentido que se la asuma, no dejará de ser inquietante. Inquietud porque este pez no queda en obvias redes.

La entrada en materia es por necesaria un descenso, no en jerarquía sino en densidad. Se desciende a lo denso, se asume en la espesura una semejanza, no la definición de una identidad sino la impregnación en lo múltiple de la experiencia. Alinear, en lo posible, tantos niveles o estratos no fija un estatuto, pues lo escurridizo del caso es que sitúa (dispone) a quien explora en una actitud receptiva, no apta para adoradores de epitafios. Los fluidos que dimana el Titikaka murmuran el intercambio vertical de las dimensiones; los muertos y los vivos, sus zonas de realidad, se aligeran del umbral. Donde todo es cuerpo, todo es desnudez. Pero en el andarivel de lo humano hay más cuerpos que los ponderables y nuevas-antiguas desnudeces aún por recorrer.

En su desafío al límite, no a la muerte, que se prueba una y otra vez como indistinta de otro estado de vigilia, sino a la tachadura crucificatoria de una cruenta y quizá antropófaga imposición cultural y social (incapaz de reconocerse fuera de sí, de un *status* de sí que la encierra en su definición) a fin de cuentas el programa católico apostólico y presuntamente civilizatorio, Churata consigna "tauromaquia de los Pizarros y Torquemadas en la sangre". Autor de y en la barbarie, entonces, en el sentido del "infarto estético de que podamos decir: he aquí el connubio indio-hispano" (dice y citamos). [...]

La insurgencia ante la imposición de una cultura cristiana no permite hibridismos, afirma Churata, sino — se puede añadir, ahora — la recreación, danza que al actualizarlos (abrirlos a una sincronidad de tiempos en los tiempos mismos de la lectura) se da en un siempre, en los orígenes. ¿O no nos dicen las cosas que persistimos en el reino del Aún? La espira del signo de pregunta toca punta en el pez, la cola es cara en el cruce de instancias en movimiento. Destinorigen, por el que nadie podrá preguntarse, a menos que sepa cómo nunca nunca resolver el enigma: aprender a no resolverlo, para permanecer en la persistencia fresca del intento. Para que la intensidad sea por sobre los aplacamientos de toda especie y razón. Así la subversión, en la letra que sangra, se cumple.

Y estos breves párrafos, con que cierra *El pez de oro*, para solaz, de todos modos inexplicable, del alma profética aunque insurgente:

Alineamos en la Batalla del Espanto y testificaremos para las venideras edades, presentes en la Caverna, el asalto del P U M A venido del Sepulcro, despedazando con garra de oro y colmillo de fuego el morrillo del W A W A K U, que es la parte hedionda de la luz, camino de muerte, invitación al miedo.

He aquí el áureo mensaje de EL PEZ DE ORO:

—¡América, adentro, más adentro, hasta la célula!...

[pasajes de EL PEZ DE ORO, de Gamaliel Churata]

HOMILIA DEL KHORI CHALLWA

Moscopa yana pachachahuan,
pampascani callampata sapa
llotani paquini moscuypi.

Me enterraron con mortaja negra,
he visto crecer hongos, he partido
calabazas en sueños.

(Orinólogos Inkaikos)

HAYLLI
Maduro tu colmillo,
maduras las espigas.
Kkori - Puma;
enciendan tus gruñidos
su hoguera de Wiphalas.
Dirás que todo esto
es trino sólo
y como trino
con que arde su caverna
ni comienza ni acaba.

Por lo que en estos cuentos, si no fábulas, o mágicas del L a y k a k u y, de tí diga y de tu lago, lo que de ambos haya escrito hasta acá, o escriba en días venideros ¿a quién pediré perdón, K h o r i - C h a l l w a, sino a tí, si soy lerdo, y cojo, y manco, y como nadie conozco que arremeto en k h a r k h a s para horadar en quienes me falta cincel aunque pulsos no me falten? Pero un manco como pocos picapedrero: don Miguel de Cervantes y Saavedra, lego de aulas y de órdenes, me enseñó que cojo, manco y lego, cuando el corazón se inflama en I n k a, hasta los sandios para entender se tornan sabios y esculpen los que se atreven al granito con las llemas; que allí los mancos no manquean y los cojos vuelan... Cómo están de su eufonía ufanas las k h e l l k a s de ese varón no manco. Y cómo es de generosa su manquera, si los k u i k o s americanos escribimos al modo siniestro a merced de la mano que allá los suyos le cortaron.

En las letras, en la palabra, que se compone de letras, en el lenguaje que se edifica con palabras, si escritas, se contiene el órgano de expresión de una literatura; por lo que el punto de partida de toda literatura (y de todo hombre) está en el idioma que la sustancia. Los americanos no tenemos literatura, filosofía, derecho de gentes, derecho público, que no sean los contenidos en los idiomas vernáculos, ninguna literatura escrita y sólo leyendas en literatura vocal, ciencia hablada, que se guardaron mediante wayrurus, chispas de oro, khachinas de ónix, encantadora simbología y nemotecnia que empleaban los harawikus para representar sus epopeyas en los grandes días cívicos del Inkario y conservar

así las creaciones específicamente literarias, - bobez aparte - en que no fue raquítrico el ingenio de sus poetas y filósofos. El caso es que nos empeñamos en tenerla valiéndonos de una lengua no kuika: la hispana. Y en ella borroneamos "como indios"¹, aunque no en indio, que es cosa distinta. Y aun así esto será posible sólo si resultamos capaces de hacer del español - solución provisional y aleatoria - lo que el español hizo de nosotros: mestizos -para España también aleatoria y provisional solución -. Pero un mestizo puede germinar en nueve meses y salirse toreando. Un idioma no. Los idiomas vienen de un tiempo de trino: el de lactancia del Pithencantropo; se mezclaron después, contendieron con voces a ellos ajenas, asimilaron unas, c h a k c h á r o n l a s, escupieron otras, en fin, las amañaron a la índole de su gorjeo y a la idiosincrasia de sus medios lonríngeos en no pocos siglos.

Cuando el Inka Garcilazo, mestizo que fue de Palla y de un segundón de los Duques de Feria e Infantado, escribió sus inmortales epopeyas, él que pudo y debió hacerlo en k h e s w a, empleó, ¡y con qué gracia teresiana!, el idioma de su padre, ya condenó el de su madre a una interdicción punto menos que fatal.

Dice en las "Advertencias"² de sus "Comentarios Reales":

"Para que se entienda mejor lo que, con el favor divino, huviéremos de escribir en esta historia, porque en ella hemos de dezir muchos nombres de la lengua general del Perú, será bien dar algunas advertencias de ella".

Advertencias que sólo nos advierten del inadvertimiento del gallardo escritor cuzqueño; pues la manera señorial de advertir a España de las galanuras de su madre, era escribir en su lengua, que es melodiosa y fina, según él como pocos la encarece.

Y agrega:

"Para atajar la corrupción [la de trocar unas por otras letras, vicio en que los españoles incurrían a paso cuando escribían la Runa-Simi], me sea lícito, pues soy indio que en esta historia yo escriba como indio con las mismas letras que tales dicciones se deben escribir".

Lo penoso es que estos "atajamientos" muestran lo atajado que Garcilazo llevaba al indio que mal plañe en su rico romance su pobreza y encogimiento.

Y ésto aún:

"...que cierto es lástima que se pierda o corrompa [el kheswa], siendo una lengua tan galana".

¿Y quiénes, si no él, si no Valera, si no el indio Choqueguanca, que a poco de someterse a la férula de los amos escribieron con brillo, con gracia, con sentido arquitectural, el hispano, los llamados a evitar el naufragio? Galana es el habla maternal de Garcilazo, y más que galana, pródiga en contenidos expresionales, de idiostenia tan filosófica, pictórica o musical, como lo autorizan quienes tuvieron, o tienen, el privilegio de su posesión, si los mismos que apenas la sentimos en el gusto a saliva onírica, comprobamos cómo es ella lo que se nos amputó del alma sabiendo que así se nos privaría de una maternidad idiomática.

Cuánto no será si el sabio Domingo Mossi afirma en su monumental "Diccionario Sintético" haber hecho viaje de Roma a los Charcas exclusivamente por el gusto de predicarla, si la tiene por una de las lenguas más expresivas y ricas, tan dócil a la ternura, como

generosa y mayestática para las concepciones superiores. Así mismo estima que se conserva con mayor caudalidad y pureza en los Charcas del Alto Perú que en el mismo solio del Inkario; lo que tenemos que admitirle, si Mossi además de autor de una Gramática Kheswa dedicó al estudio de este idioma su vida y sabiduría que no fueron cortas. De paso anotemos tales estupendas revelaciones que el historicismo no ha olisqueado, si nada confirman como no sea el contenido sustancioso de la política del Inka, el cual, cuando colonizaba, si absorbía un pueblo era para hacerse absorber por él en el grado ése en que el colono acaba en representativo categorial de su espíritu. Nada hay semejante a lo largo de la historia humana...

¿Qué fenómeno importa entonces la isla a y m a r a para las consecuencias trascendentes del i n k a i s m o? ¿A qué factores se debe su resistencia al dominio kheswa en el orden idiomático? Se quiere sostener que el Inka nada hizo por suprimirlo, si, más bien, procuró su pervivencia en razón de ser su idioma materno. Aymaristas hay que ven en sus rudos y pétreos vestigios el eslabón de los idiomas modernos y no pocos sostienen que el kheswa es más que dialecto suyo. Si el aymara, o k o l l a, es idioma por lo menos tan rico que cualquier otro de su edad, es cuestión que fácilmente se descubre en la excelencia de los trabajos que de él ha dejado Bertonio (para no citar otros) o el estudio tudesco y por tanto racionalista de Middendorf.

En todo caso, uno y el otro para la realidad anímica del americano de América juegan el papel del latín y el griego para los grecorromanos; son lenguas depositarias nó en este caso de sabiduría clásica, sí de un sentimiento clásico de la naturaleza, de cultura biogenética; por lo que es muy importante y sugestivo comprobar que tanto en el Perú como en Bolivia suscitan preocupaciones jerárquicas que nada tardarán en convertirse en política y estética para sus pueblos.

Tentación como la de Mossi acometiera al Inka Garcilazo y si alguna le acometió supo hacerse más hispano que ella, de manera que sotana y chullpa-tullu en uno se quedó en Córdova, revelando sólo que la primera naturaleza del injerto no habría de ser tanto el esteta como el p o n g o, el portero de la casa señorial en quien los señores no tuvieron albardero sino al simio antropomorfo que por esos días los naturalistas exhibían como antecesor del hombre. A prestar pongueaje al Rey de España se marchara a las Cortes echando al desgaire el solar nativo con actitud que no explican y mal encubren sus reitaradas nostalgias y su no muy simpática quejumbre. Que la materia misma de su alegato se trocara en la fusta que el mundo anglojacobino hizo restallar en los pecados de España, bien que no por que él se supiera libre de otros semejantes, cuanto porque así aceleraba su liberación dentro de la órbita de sus intereses, casi resulta ajeno a las intenciones del Inka. Y acá bien se puede parafrasear a Quintana, diciendo: Culpa fué, del pecado y' no del Inka Gracilazo.

Lo cierto es que estas lenguas, que al último revelan ligámenes de una perdida unidad, han sido cultivadas con otro propósito que el catequista, y en qué gigantesca magnitud en la Colonia; por clérigos protestantes hoy. Clorinda Matto de Turner y Vicente Pazos Kanki, criolla kheswa e indio aymara, tradujeron algunos evangelios con la misma finalidad, pudiendo, pese a su erizada polémica liberal, o por ella misma, dejarnos algunos cuadernillos en lengua americana, que ellos les salvaran del enanismo que en tanta medida nos es propio a los mestizos metidos a estilistas hispanos.

A lo largo de la guerra española contra España por la emancipación de la América criolla, y en las grescas conventuales lo mismo, se las usaron en pasquines que se adherían a las puertas de las iglesias, o esquinas de los poblados; todavía los resplandores de su prelación se manifiesta en *Ollanta*, que un cura sicuaneño descubrió, o adobó, con todos los condimentos hispánicos del caballero valiente y enamorado que enfrenta sacrilegios; pero en el cual, así y todo, es dable encontrar el espíritu de una dramática con patria, de un cósmos literario. Después..., dos o tres generosos atropellos, ¡y el viento! El viento que sólo en los días que corren vuelve a henchirse de gérmenes, pues afloran con un mensaje que sería insólito si no fuera deslumbrante, poetas cuzqueños, bolivianos, puneños, ayacuchanos, ecuatorianos, en quienes es forzoso identificar el renacimiento de la mentalidad poética del Tawantinsuyu; y en razón nó de entusiasmos esporádicos sí por acentuación de valores germinales del alma americana. Estos harawikus ya no persiguen “interpretar” al indio, buscan expresarlo, y expresarlo en ellos, puesto que toda surgencia estética debe contenerse en e g o. Y es preciso que la voz india adquiera vigencia porque haya llegado la decisión fatal de su victoria sobre los elementos negativos que la soterraron. A poco que estos fenómenos sean estudiados en planos vitales y la crítica literaria pueda servirse del testimonio objetivo del alma humana, se establecerá ley por la cual todo injerto de la *ahayu*, (alma colectiva) supone, en período cíclico, la expulsión de los factores que determinaron su inhibición.

Los signos de este, no para todos sorprendente, fenómeno, incuban en los primeros años de la Conquista. Y uno de ellos es la tendencia a la amestización del hispano, ya en manos del indio alfabeto o del mismo fraile conversor. En 1536, un hijo de Agustín de Hipona, trabaja ya, y piensa, que es lo más insólito, en un cerebro entreverado: no hay otra forma de caracterizarle.

“Inmaculada virgen y Madre de Dios, y de los creyentes; y, como a real y verdadera Wiñay Cusiatha y Kota -khanaway y Tiawan aku de los Arusayas del Inti -llampu en su Apupu -Wakawy del Tawantinsuyu. A la cual, divina Reyna del tiempo y de la eternidad, sea el sin fin: ¡llillu! ¡llally! ¡lyau!”

De la multitud de tales mestizos arrumacos, típicamente colonistas, pues, aunque espiritualmente colonidas no cometemos ya, podría hacerse interesante y voluminosa colección o breviario, y más interesante exégesis del proceso. Bertonio en Juli y Morúa en Capachica, y tantos catequistas, y jesuitas en competencia con dominicos, rivalizaron en el empleo de las lenguas indígenas para las finalidades de las impacientes levas parroquiales, e hicieron verdaderas filigranas en prez de la Virgen Madre, indianizándola, como en muchos puntos del territorio colonial se comprueba, y se magnifica en Copacabana, santuario labrado a voto de un indio cuzqueño de estirpe orejona. Y esto, y gramáticas, y lexicones, y cartillas, revelan el orden severo con que cumplían su deber. Que el P. Rivadeneira, o el P. Lainez, como Generales de los soldados de lñigo, impusieran el conocimiento del idioma indígena, sine qua non para la tonsura del misionero, ya revela en qué grado los frailes concedían importancia al idioma como medio único de llegar a la mentalidad del catecúmeno y cuánta elasticidad para adoctrinarlo empleaban, si allí donde habían de establecerse - y es a los jesuitas a quienes mayor mérito tiene que reconocérseles -, no solamente conservaban los regímenes sociales del trabajo y la tributación, si llegaron a admitir junto al sagrario las formas ancestrales de ritos animistas y hasta diabolistas en el culto a los muertos; osada maniobra destinada a penetrar por

métodos psicológicos en la conciencia "del bárbaro", conduciéndole a venerar en sus grandes mitos los símbolos del cristianismo. Los resultados fueron negativos - son ahora mismo: el indio seguirá fiel a los reclamos de la tierra. Es así que, sin percibir la hondura del hecho, el conversor acabará convertido, y cuando quiera elevar preces a la Divina Madre por cuenta de sus deliquios, la hablará en indio, e invocará a los sirpas y achachilas de las montañas y de los légamos. Finalmente, la matrona davídica se confesará india, y en manos de Yupanki, su escultor cinegético, habrá de transmutar la color.

Elake: ya es la Virgen de llokallas y tawakus, la que bien parió la G u a g u a de los cenisañas. Pero, tras de los ruborosos ayrampus hallaremos el grandioso mito de la M a m a t a, espasmo germinal del surco: que no solamente se da en los frutos primiciales sino que se vuelca en sangre de los r u n a h a k e s, se matrimonia con el doncel garrido y, finalmente, tras haberle regalado su propecta virginidad, retorna al seno prolífico de la Pacha - mama.

Por la misma ineficacia de su acción, manifiesta a poco que se desee saberlo, es de justicia reconocer a los frailes que si aún quedan napas idiomáticas y cierta indianidad ceremonial en la América de los burgos, se debe a que fueron ellos los únicos que cultivaron sistemáticamente las lenguas aborígenes, su coreografía, su música. Es no poco expresivo para el enjuiciamiento de los valores de la Emancipación Americana, considerar que a poco de fundada la Universidad de San Marcos de la ciudad de los Virreyes, se hubiese creado cátedra para el estudio del kheswa... ¿Con qué finalidad? Con la de escupirnos en el rostro a los libertadores de América; si han tendido que venir a lomo de asno varios siglos para que esa misma Universidad la restituyera!

Convengamos que acá no se manifiesta la fusión de dos sangres, pero es inevitable constatar la fusión de dos espíritus en un plano de categorías mentales. Garcilazo se decide a escribir "como indio", mientras el fraile español lo hace en indio. La actitud del Inka revelaría que en él contienden los gérmenes indoespañoles con evidente subalternidad de "lo indio", lo que a no poco constituiría la encrucijada del mestizo; la del español el fisocrático "imperio de la naturaleza" de que hablara Bolívar. Y más que eso aún: el imperio de la ahayu americana por peso físico de una jerarquía cósmica. El catolicismo en los distritos del régimen inkásico no es ciertamente, tomista: es más afín con Plotino y Simón el Mago y sus teúrgias.

¿En tanto, el indio se mantiene leal al idioma lácteo, persigue elevarlo a escritura, servirse de él para sus menesteres superiores o siquiera íntimos? No. El indio busca superar al mono antropoide en que acabó colándose a las heráldicas del mestizo. Es en c h o l o que cholifica el español, puesto que es cosa patente que el cholo es indio, posee sus ataxias, y habla si no con la pureza traslativa del indio, con un genio del injerto que hace del romance de las plebes coloniales obra maestra del rringorrango. No nos hemos dedicado los historiadores de la Literatura Americana a observar estos fenómenos, que acaso ellos nos habrían atusado un poco las crinejas autonomistas. La historiografía del Inkario conserva un centón: biblia le llamo yo. Es la "Nueva Coronica", del indio Tomás Huaman Poma Ayala Inka, extraordinaria personalidad sin valoración para este objeto hasta hoy, que si obliga al español a una hibridación pintoresca, su simplicidad resulta inquietante y sorpresiva. Huamán es un temperamento con sensibilidad estética, y si su

"romance", encalabrina, como dibujante es - sé yo poco de estas cosas - algo digno de Gauguin o de Picasso, al menos es un artista de pulsos suprarrealistas sin venenos químicos.

La "Nueva Cronica", además de importancia historiográfica tiene la de constituir testimonio escrito del proceso de amestizamiento del idioma de los Conquistadores.

A ojo ciego se lee en la "Nueva Cronica":

"...y esta gente no sabía hazer rropa bestianse hojas de arboles y estera texido de pasa no savia hazer casas, uevian en cuevas y penascos, y todo su trauajo era adorar a dios - como el profeta abacuchy y dezias aci agrandes bozes: Sor, hasta cuando clamare y noyras y dare bozes y no responderas; capac Sor huaynacaman caparisec mana huainihuanquicho".

La "Nueva Cronica" sí es un alegato de "raza"; en ella hay la reacción vertebral de un pueblo que si bien se resigna a aceptar dioses foráneos, o hace como que los acepta, no consiente en ceder su sentimiento del cósmos. Se argüirá que el "español" de Huaman es tan imperfecto como el romance vulgar era entonces, que, por tanto, no tiene elementos por los cuales pueda juzgársele episodio filológico de interpenetración. Si se, estudia el romance curialesco de esos tiempos, en primer lugar no se encuentra en él la fonética kheswa de la "Nueva Cronica" y en segundo lugar que sus plebeyismos e índoles viles pertenecen a la generalizada rusticidad del demos colonial. En el indio no: hay una dialéctica idiomática y quien despótica no es la chusma hispánica; es la gleba india. Los medios fonéticos y ortológicos con que sefarditas y marranos deformaban, por esos mismos tiempos, el romance, son exactamente iguales a los empleados por el indio americano; y el sefardita ni el marrano constituyeron la hez de la cultura hispánica.

Huaman encasqueta al español la fonética de su lengua, cárgale su acento grave, y emplea el kheswa a guisa de excrilogía latina. Que decidan los expertos en patrística si quien hace lo que Huaman con el kheswa no implica, casi, un problema sismático. No perseguía rivalizar con el teólogo, ciertamente; buscaba hablarse a sí mismo; hablar a su pueblo en ego. Amestiza el idioma del amo porque tiene mucha casta para entenderlo castizo.

De las cartas del caudillo aymara Tupak Khatari al brigadier Segurola durante el famoso cerco de La Paz (Bolivia), de 1872, fue bárbaramente amputada la "ortografía bárbara e indígena"; pero aún en la forma en que aparecen descubren la radical del proceso de hibridación idiomática que sería lo más vivaz de la resistencia india frente al dominio hispano. Que Huaman y Khatari usaban no ya español se descubre en que para publicar las cartas de éste hubiese sido necesario "españolizarlas", y en que para hacer menos inaccesible la "Nueva Cronica" se la debe traducir a un romance accesible.

Huaman permite descubrir algún atisbo germinal cómo síntoma o posibilidad de una Literatura Americana, pues - lo que ya nadie ha intentado, y con jerarquía, menos -, en él se constata la concurrencia colonial de las dos lenguas en que se enfrentan España y el Inkario; y que para devenir expresión nacional debe decidirse en unidad. En otras

palabras: si América es una realidad genéticamente mestiza, la literatura americana debe ser idiomáticamente híbrida.

El español de Huaman se parece mucho al que empleábamos los “vanguardistas” del Titikaka, por atrás de 1924, malo por su naturaleza (tanto como el que se lee acá), bastante indio por sus modos y, como el de aquél, horro de toda ciencia, menos por ignorancia - menos, digo- cuanto por lealtad con la expresión del indio en cuanto hombre. El de Huaman y el nuestro fue un español en el estado del romance cuando amalgamaba las influencias que le conformaban y no asimilara aún las substancias visigóticas que, según historiadores del hispano, habrían de darle las características que le diferencian del latín. Los idiomas indígenas carecen de artículos y preposiciones, y el indio al hablar el español de ellos le priva. A la larga le impondría, como en el uso diario hace, literariamente, sus desinencias y declinaciones, hibridando las voces: asínita, elake, aquisito, maratito, aurita. Y allí sedimentara la posibilidad de un nuevo idioma, consecuentemente, de una Literatura Americana.

¿Cuántos vocablos indígenas de América obtuvieron carta de ciudadanía, nó en el Sancto Sanctorum de la Academia, sí en el torrente del habla popular de España? Después de trazada buena parte de estos renglones, un erudito hispano de aquellos que migan la idea de una España tan americana como de una América tan española, como no hubiera infarto, en solemne oportunidad hispanoamericanista, y en discurso erudito y elocuente por cierto, nos dijo que en la “fabla” de Castilla actúan ya embriones americanos. Los indianos, con los tejos de oro, fruto de la depredación, llevaron consigo muchos. Ya no dijeron por sus retoños: “los hijuelos”; dijeron: “las guaguas”. Hablaron de la coca, la papa, el tabaco, hasta del L a y k h a, y embrujaron no poco su Padrenuestro... Ese gran hablita español, creatura de Teresa, don Miguel de Unamuno, es ya, casi, un español de América, por éstas y otras razones que darían para buenas gárgaras.

Es que a las cabeceras de un injerto idiomático se produce la interpenetración, como en el engendro animal, de los dos elementos genitivos, y del maridaje sale la guagua. Entiendo que un Luciano, un Plauto, un Plotino, son el cordón umbilical entre el Peloponeso, su espíritu y su genio, y el Lacio, de que se habría de nutrir el genio de Virgilo y, luego, el del Dante. No es éste el lugar donde tal fenómeno debe ser analizado, pero no puede menos de tenerse en cuenta la opinión de eruditos que ven en él algo así como el barrunto de ese nuevo ser: el espíritu latino. En la metrópoli los gérmenes del conquistado se diluyen: Garcilazo; en las tierras aborígenes, se acentúan: Huaman. Sólo a esta condición se podrá hablar de Literatura Latina; y se hablaría entre nosotros de Literatura Americana. El proceso no ha sido bloqueado en la Península, y por peninsulares; él es desviado de su cauce en América, donde afirmamos la vigencia de una Literatura Americana no por sus raíces americanas sino por el cosmopolitismo oceánico que rompe todo pudor y candidez a la expresión estética. Eso nuestro americanismo... Que sea, si así lo impone el determinismo colonial. Pero ese americanismo no es americano.